

ACOTACIONES A LA SESION

● Un día del año 1902 subía las escaleras principales que dan acceso al Palacio de las Cortes Españolas un joven que acababa de cumplir los dieciséis años de edad. Iba a prestar juramento como rey ante las Cortes. Aquel joven se llamaba don Alfonso XIII. A la solemne ceremonia iba en compañía de su madre, la reina doña María Cristina.

● Sesenta y siete años después sube las mismas escaleras otro joven—nieta de aquel rey patriota y caballero—para jurar ante las Cortes Españolas como sucesor de la Jefatura del Estado. Va en compañía del hombre que ha instaurado la Monarquía española: el Generalísimo Franco. El futuro Rey va a jurar ante el Caudillo vencedor de una contienda, que remata su obra para el futuro en la persona de este joven príncipe.

● Las ovaciones saludaron la presencia del Jefe del Estado y del ya Príncipe de España. Ovaciones que se reprodujeron, creciendo de tono y de entusiasmo, tanto en las palabras que pronunció el Jefe del Estado como en el mensaje del Príncipe. Las Cortes estaban viendo una jornada patriótica. Alguien dijo que el hemiciclo venía a ser una nueva Covadonga.

● Su Excelencia el Jefe del Estado contuvo la emoción durante esta sesión histórica. Emoción que se le veía en el semblante. Como se le vio después de empezado el acto y cuando estaba el príncipe dirigiendo su discurso a las Cortes, reflejarse en su rostro la alegría y satisfacción ante las ovaciones que los procuradores y el público dedicaron a numerosos pasajes del discurso de Su Alteza Real. Franco parecía feliz.

● El Jefe del Estado hizo algo más en aquel clima patriótico, y fue unir sus aplausos a los que se tributaban al Príncipe de España. Sobre todo, cuando sonó en la Cámara la frase "mi pulso no temblará", pronunciada por el Príncipe. Era la misma que Franco pronunció cuando tomó posesión de la Jefatura del Estado en Burgos, en aquel glorioso y dramático octubre de 1936.

● ¿Qué pensamientos y qué emociones pasaron por el Generalísimo Franco al escuchar aquella frase que él pronunció en labios de la persona que acababa de ser presentada a las Cortes como sucesor suyo? No lo sabemos. Pero sí vimos todos cómo reaccionó: aplaudió con calor y entusiasmo al príncipe. Aquella frase recordada era un compromiso ante el futuro, y Franco no duda que el compromiso será cumplido. Por eso se unió a la inenarrable ovación con que la Cámara en pie acogió la oportuna cita.

● Porque los aplausos al Príncipe de España fueron unánimes. Don Torcuato Luca de Tena puso su patriotismo por encima del corazón y no regateó aplausos, que fue pródigo en ellos. Como también derrochó entusiasmo ante el claro lenguaje que utilizó Su Alteza Real don Juan Carlos de Borbón y Borbón un hombre todo corazón para las empresas españolas: don José Antonio Girón de Velasco. Hubo un entendimiento claro y recto entre el príncipe y la alta cámara legislativa.

● Allá arriba, en las tribunas públicas, estaba Su Alteza Real la Princesa doña Sofía. El Príncipe de España dirigía miradas distimuladas hacia esa tribuna. A cada lado de la Princesa, dos infantitas de España: doña Elena y doña Cristina. Fueron los únicos testigos infantiles de la histórica sesión.

● Si el príncipe estaba emocionado no lo demostró. Se mantuvo entero, en el tono justo de voz, con una dicción clara. Leyó pausado, puso el énfasis justo en las frases exactas. No hizo ninguna concesión a la galería. Acaso, acaso pudieron notarse dos inflexiones de voz distintas, llenas de ternura: cuando se dirigió a su estirpe familiar, cuando se dirigió directamente al Jefe del Estado.

● A la hora de jurar sobre los Santos Evangelios y ante un crucifijo, de rodillas, sin altivez (eran las siete y veintitrés minutos de la tarde), alzó los ojos, los clavó en el Jefe del Estado, y en medio de un silencio que impresionaba se oyó la voz del Príncipe de España, varonil y serena, comprometerse solemnemente con el Movimiento Nacional. Decir que al terminar el juramento hubo aplausos y ovaciones inenarrables sería no reflejar exactamente lo que sucedió.

● Desde ese momento, los aplausos, las ovaciones y el entusiasmo se dirigían por igual a dos figuras: la que representaba el ayer y el presente y la que encarna el mañana. Rodeados de ese halo de fervor patriótico, el Jefe del Estado y el Príncipe abandonaron las Cortes. Tras de sí dejaban frases elogiosas. Oigamos algunas.

● El señor Fueyo Alvarez manifestaba que el Príncipe de España, con su discurso, "se había comprometido a tumba abierta. Estuvo justo en las palabras, entero". Para el señor Fernández-Cuesta (don Raimundo), lo importante no sólo era lo que dijo, sino el cómo lo dijo.

● El señor Serrats Urquiza (don Salvador) manifestaba que Franco acababa de vivir la máxima culminación de sus dos grandes objetivos: el logro de la grandeza de España y el logro de su continuidad. Después de haber escuchado al Príncipe tenía que decir: "Hay hombre. Puede haber rey."

● El señor Sánchez-Cortés no era avaro en frases de elogio: El Príncipe se ha ganado a la Cámara, y la Cámara ha comprobado que Franco tenía toda la razón al proponerlo como sucesor suyo. Pero también se hablaba de otro tema en las Cortes: de una carta que envió al Jefe del Estado el infante de España don Jaime de Borbón y Battenberg, carta que está en la línea del acto que acababa de celebrarse.

● Pero el tema obligado, y elogioso, era el efecto que el discurso del Príncipe había producido en las Cortes. Alguien sentenció con respeto y admiración hacia esa real persona: "Por encima de la sangre ha sabido poner a la Patria."

A. J. GONZALEZ MUÑIZ

SOBRE "UNA PIRUETA INCONCEBIBLE"

En nuestro número de ayer, y en la sección titulada "Acotaciones a la sesión", comentamos que en los pasillos de las Cortes un cualificado miembro del que fue hasta hace unos días Consejo privado de don Juan de Borbón comentó el voto negativo del procurador señor Luca de Tena con estas palabras: "Piruetas inconcebibles". Ante estas manifestaciones, el señor Luca de Tena nos escribe una carta en la que no se interesa por conocer el nombre del autor de tal manifestación, pero nos ruega hagamos constar que "si quien la dijo era real y verdaderamente miembro del Consejo privado del conde de Barcelona—organización a la que no perteneció nunca don Torcuato—, la pirueta inconcebible es la que ha realizado el autor de la frase y no el firmante de este escrito de puntualización". Y la cosa es tan clara que no merece, a juicio de nuestro comunicante, mayor aclaración.